

VIERNES XXVI - I
Ministerios a los Hnos. Gabriel Soler y Anton Gordillo
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
6 de octubre de 2017
Lc 10, 13-16

Acabamos de escuchar, hermanos y hermanas, como Jesús increpaba a tres pueblos de religión judía situados en el borde norte del lago de Galilea. Eran Corozain, Betsaida y Cafarnaún. Aunque a primera vista lo pudiera parecer, aquel *ay de ti*, no era una maldición. Era una lamentación profética. Jesús los increpaba porque la gente de aquellos pueblos no había acogido su mensaje de amor y de conversión ni habían hecho caso de los signos extraordinarios que había hecho. En la increpación, los comparaba a dos ciudades paganas de la costa mediterránea al norte de Galilea: Tiro y Sidón. Los decía, que si todo lo que habían oído y visto sus oyentes, que vivían en los tres pueblos del borde del lago, lo hubieran oído y visto los habitantes de las dos ciudades paganas, se habrían arrepentido y *se habrían convertido*.

Con esta increpación, Jesús les quería hacer una llamada acuciante a acoger su palabra y cambiar de vida. Es una increpación dirigida, también, a nosotros, para que miremos como acogemos la Palabra de Dios y como incide en nuestra vida personal y en nuestra relación con los demás. Preguntémonos sobre esto hoy. Y procuremos ser siempre dóciles y fieles a las llamadas que el Señor nos hace.

Las palabras de Jesús acababan con una frase que mostraba la grandeza de quienes son enviados a proclamar el mensaje del Evangelio. El Señor los asimila a sí mismo, y por eso les dice: Quien a vosotros os escucha a mí me escucha; quien a vosotros rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado. Es un honor y una gran responsabilidad para los que tenemos confiado este servicio. Honor porque er llamado supone una gran confianza por parte del Señor y por parte de la Iglesia y conlleva la alegría de ser portador de un mensaje de liberación, de amor y de paz. Y es una gran responsabilidad porque pide transmitir la Palabra con fidelidad al querer de Dios, con la mayor coherencia de vida posible, y esto a partir de una oración intensa que nos haga sintonizar con el querer de Dios y tener los mismos sentimientos de Jesucristo (cf. Fil 2, 5). Sólo así se puede hablar de una manera autorizada en nombre de Jesús.

En esta celebración dos monjes, los Hnos. Gabriel y Anton, recibirán los ministerios de lector y de acólito en vistas a la ordenación diaconal.

Estimados H. Gabriel y H. Anton: Como lectores recibiréis la misión de proclamar la palabra de Dios en medio del pueblo de Dios y seréis destinados al servicio de la fe que arraiga en la palabra revelada. La proclamaréis en las reuniones litúrgicas y en tareas de formación; de diversas maneras, anunciando la buena nueva de la salvación a todos, para que todos puedan conocer la misericordia del Padre revelada por Jesucristo. Para poder hacerlo con coherencia, será necesario que acojáis cada día esta palabra en vuestro corazón y la meditéis, de manera que cada día aumente más en vosotros un amor vivo y suave para con la Sagrada Escritura y vuestra vida sea transparencia de Jesucristo.

Elegidos, también, para el ministerio de acólitos, participaréis de una manera peculiar en el servicio de la Iglesia, que tiene la cumbre y la fuente de su vida en la Eucaristía, y con la que el pueblo de Dios crece y se edifica. Deberéis ayudar a los sacerdotes y los diáconos en las celebraciones litúrgicas y seréis ministros extraordinarios para distribuir la comunión eucarística a los fieles. Esforzaos, pues, por vivir con profundidad el misterio de Cristo y conformar a él vuestra vida; vivid de una manera

íntima y espiritual lo que hagáis en las celebraciones, ofreceos cada día vosotros mismos como una ofrenda espiritual que sea agradable a Jesucristo. Participando de un solo pan con vuestros hermanos en la fe, formad con ellos un solo cuerpo. Amad sinceramente el Cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia, el pueblo de Dios, especialmente a los pobres, a los débiles y a los enfermos. Que sea siempre vuestra guía el mandamiento que el Señor dio a los Apóstoles en la última cena: *amaos los unos a los otros, como yo os he amado*.

Queridos hermanos y hermanas: roguemos por estos hermanos nuestros que, a través de la comunidad, la Iglesia ha elegido para el ministerio de lector y de acólito. Y al mismo tiempo sintámonos todos urgidos a una mayor fidelidad a la Palabra de Dios, hoy que el Señor nos llamaba a no hacer como aquellas ciudades que no acogieron su palabra ni se dejaron impactar por sus obras de amor y de liberación. Y, en lo concreto de cada día, hagamos realidad el mandamiento del amor hacia todos, sea cual sea su identidad. Como escribió Fr. Roger en la Regla de Taizé: "ama a tu prójimo, sea cual sea su visión religiosa o ideológica".